

se impelen, se estrellan y se agitan como las olas levantadas por la tempestad? ; Y qué! ; Será que han llegado ya los tiempos anunciados por el Evangelio? ; Alcanzamos ya aquella hora fatal en que el choque de las opiniones debe preceder al choque de los elementos? *Erunt praelia et opiniones?* (SAN MATEO, XXIV, 6.) ; Habrá perdido la fe sus derechos á nuestro acatamiento? No, ciertamente; pero la fe no transige con las pasiones, y estas aborrecen ya todo freno; pero humilla la razon, y la razon no tolera ya ningun yugo. De ahí proviene esa sediciosa altivez que se comunica de unos á otros como una peste; de ahí esa anarquía de las cabezas, ese fanatismo de impiedad que á todas las arrebatada; de ahí esos atentados de una secta nueva, que osa protestar contra la sumision de diez y ocho siglos, que consagra la independencía bajo el nombre de libertad, y confunde miserablemente el deseo de saber con la osadía de pensar, el examen de la antigua creencia con la aficion á las novedades profanas, y los legítimos derechos de la razon con su licencia y su desenfreno. »

Perteneciale al elocuente obispo que tan enérgicamente habia profetizado en 1779 el porvenir de 1793, profetizar en 1820 otro porvenir, en la *Oraçion fúnebre* del desgraciado *duque de Berry*. « ; Oh nuevo abismo abierto bajo nuestros pies! esclama en la *Instrucción pastoral sobre los malos libros*, mil veces mas terrible para nosotros de lo que lo han sido recientemente el abismo de nuestra mise-

ria, la presencia de los estrangeros, el trastorno de las estaciones y las inundaciones de los rios, y del que no nos salvarán ni el comercio, ni las artes, ni los libreros, ni los eruditos, ni todo el lujo de las *Obras completas* de los autores predilectos del público! ; Ah! cierto que no hay que desesperar de la salvacion de la patria mientras tengamos el rey, la dinastía legítima, y los augustos principes, que nos ha dado el Señor, dechados de tantas virtudes, y no quiera Dios que tratemos de amedrentarnos con tremendos agüeros y con la pintura de exagerados temores! Pero no por eso es menos cierto que la falsa confianza pierde los imperios como pierde las almas, y que si tenemos motivos para tranquilizarnos en vista de los milagros que Dios ha hecho por nosotros, NO POR ESO DEBEMOS MENOS TEMBLAR DE LOS CASTIGOS QUE NOS PREPARA. »

El presbitero Bergier, en 1780: « Una sociedad pervertida hasta ese punto ni *está segura*, ni es feliz; es imposible que se sostenga mucho tiempo sin padecer funestas revoluciones; — es imposible que no calcule mal y no consume en breve su ruina. Los hombres mas perversos, sostenidos por los votos de sus semejantes, serán los que gritarán mas, proponiendo especulaciones, sistemas, cálculos, reformas de toda especie. Deslumbrarán al público con brillantes sofismas, y le probarán que le sirven, acabando de envenenarle: ; será ese por ventura el periodo á que hemos llegado? »

La Sorbona, en 1781, *Censura de la historia fi-*

losófica y política del abate Raynal (que al fin la espí con un grande arrepentimiento, y aun tambien con una célebre profecía de la revolucion): « En vista de los ataques dirigidos CON FUROR contra nuestra santa religion, y de los esfuerzos que hacen los impios para sustituirle esos delirios de una insensata filosofia, ¿ no tenemos derecho para prorrumpir en tales gemidos? No se trata ya de un solo hombre que osa alzar la voz contra el Señor y su templo: trátase de UNA CONJURACION FORMADA, DE UNA LIGA NUMEROSA que dedica sus sacrilegos esfuerzos á defraudar al Ser Supremo del tributo de homenajes y de adoracion que le es debido. ¿ Ha habido nunca mas justa ocasion de esclamar: ¡ Oh tiempo de afliccion, de insulto y de blasfemia!

« ¿ Cuanto, en efecto, se ha multiplicado en nuestros dias el número de esos hombres osados cuya boca se abre insolentemente contra el cielo? ¿ Qué muchedumbre de escritos impios no vemos inundar el mundo cristiano? ¿ HUBO JAMAS PROYECTO MAS CRIMINAL que el que forman los culpables autores que producen y propagan esos escritos? Ellos quisieran destruir sobre la superficie de la tierra toda especie de religion; representan todos los cultos indistintamente como imaginados por impostores, adoptados por los principes para consolidar su dominio y mandar arbitrariamente á los hombres, etc. »

El obispo de Lescar, en 1785: « Ya los veo (á los innovadores) poner una mano sacrilega sobre los

ornamentos del santuario, apropiarse ansiosamente sus despojos, cerrar las puertas de la casa de Dios, ó mudar su destino, *derribar nuestros templos y arrancar de ellos á los sacerdotes ocupados en el sacrificio*, proseguir fuera su impia victoria y, en sus triunfos y sus festines, insultar nuestros dolores y con impuras libaciones profanar los vasos consagrados con la celebracion de nuestros mas terribles misterios.... ¡ Y todavía pedis señales y presagios de la REVOLUCION que el Espiritu Santo quiere hacernos temer! Qué mas señales, qué mas presagios quereis que la REVOLUCION MISMA que, preparada muy de antemano, SE ACERCA A PASOS GIGANTESCOS Y SE CONSUMA DELANTE DE NUESTROS OJOS. »

El P. Elisée, en el mismo año: « ¡ Oh tú que señalas limites á la inmensidad del mar y que domas el orgullo de las olas! reprime la licencia de las ideas y pon un dique á ese torrente de la impiedad que amenaza devastar la tierra. ¡ Ah! acaso hemos llegado á aquellos desastrosos dias, en que los ojos de los elegidos, precisados á llorar las desgracias de la Santa Jerusalem, se convertirán en manantiales de lágrimas! los rápidos progresos de la incredulidad, el desprecio de las cosas santas, la indiferencia hácia los dogmas, la repugnancia de los ánimos en creer las cosas maravillosas, y sus esfuerzos por descubrir, en las fuerzas de la naturaleza, las causas de todos los prodigios; el Dios del cielo, casi olvidado en los tratos humanos, como si

no fuera el Dios de los ejércitos y de los imperios; los votos que le dirigen los Moises considerados como indiferentes para el resultado de los combates: los trabajos del sacerdocio, los sacrificios de las vírgenes, las lágrimas de los penitentes, despreciados como piadosas inutilidades; en fin, la facilidad de los ánimos para recibir esas funestas impresiones, deben hacernos temer UNA REVOLUCION EN LA FE. ¡Alejad, Dios omnipotente, ese funesto presagio! Conservad ese sagrado depósito en este reino que, merced á la piedad de sus reyes, al ilustrado celo de los pontífices, al amor del pueblo al culto de sus padres, es todavía una floreciente porcion de vuestra preciosa herencia. Acrecentad, en todos los fieles, el amor á la religion: haced que lllore el impio sus demasias, y que todos los corazones, reunidos por medio de la fe en el seno de vuestra Iglesia, aspiren á las recompensas prometidas á los verdaderos adoradores! »

El P. Lanfant, despues y antes, hasta 1790: « En nuestros dias, en medio de las brillantes luces que ha difundido el cristianismo, y hasta en su seno, veo el esfuerzo de algunos hombres tristemente famosos que se apartan de las banderas de la fe, afanarse por arrancar de raiz, con los dogmas, todas las virtudes; poner en libertad todas las pasiones del corazon; querer emancipar al espiritu de toda esclavitud; no dar á la razon mas que lo que la contenta; permitir á las inclinaciones todo lo que las satisface; empeñarse con encarnizamiento en

derribar todos los buenos principios, que no reemplazan con ningun otro: *derribarlo todo sin saber construir nada; talarlo todo en el universo, só pretesto de reformarlo, para dejarlo en seguida en medio de sus ruinas*¹. »

El presbitero de Feller, en 1783: « La posteridad, teniendo á la vista *los sucesos que le están reservados*, juzgará acaso mejor que nosotros si el proyecto formado en Bourg-Fontaine por los jansenistas ha existido ó no. » — (Ahora bien, sabido es que los Jansenistas solos prepararon y consumaron el cisma de 1791.) — Y en 1784: « Cien mil labra-

¹ Donde quiera que se supiese que el P. Lanfant debía predicar, acudia un inmenso gentío alrededor del púlpito, y aun los mismos filósofos no se desdénaban de ir á oírle. Mas de una vez se vió á J. J. Rousseau mezclarse entre sus oyentes, y confesar en seguida que « la religion no podia hallar mas habil defensor, ni la nueva filosofía un enemigo mas formidable. » Diderot y D'Alembert le siguieron puntualmente á S. Sulpicio durante una cuaresma; y al salir del sermón de la fe, dijo el primero al otro, en presencia de M. Tersan, cura de aquella parroquia: « Despues de un sermón como ese, difícil es seguir siendo incrédulo. »

Este grande hombre tuvo ocasion de morir aun mas elocuentemente que habia vivido. En uno de los sangrientos dias de la revolucion fué reconocido en una calle por el populacho que le buscaba para asesinarle. Una parte del pueblo pidió sin embargo con tanto imperio que le dejasen la vida, que al cabo le soltaron, y ya habia andado algunas calles, cuando varias mugeres que le seguian, empezaron á gritar: *¡Es el confesor del rey!* y al punto la canalla se precipita sobre él. El P. Lanfant alza las manos al cielo y esclama: « Dios mio, yo os agradezco poder ofreceros mi vida, como vos habeis ofrecido la vuestra por mí! » En seguida se hincó de rodillas y espiró.

dores ingleses tomaron las armas en tiempo de Wiclef, en 1379, apellidando *libertad*... espantosa REVOLUCION que van á reproducir las máximas de los filósofos modernos.» — Y en el Diario histórico de 1º de febrero de 1786: «Un hombre dotado de profunda sensatez ha dicho recientemente que, antes de que pasen diez años, los ministros del Señor no osarán presentarse en público, y que para sustraer al insulto los divinos misterios, será preciso celebrarlos como antiguamente en subterráneos desconocidos.»

M. Dulau, arzobispo de Arles, ilustre martir de los Carmelitas, en su *Memoria sobre los medios de poner coto á la incredulidad en Francia*, presenta da al clero reunido en Paris, en 1785: «Vemos aumentar por dias la muchedumbre de los impíos; ya casi no se ven cristianos sino en las mas oscuras clases de la sociedad, entre los moradores de los campos y entre los ministros del santuario, — y aun algunos de estos últimos osan alistarse entre nuestros enemigos. Si el imperio del error fuera menos vasto, si sus conquistas fueran mas oscuras ó menos rápidas, no aconsejaria que se diese, como suele decirse, una campanada, pues podriamos llegar á nuestro objeto por caminos mas cubiertos y mas largos. Pero el peligro es inminente, *el incendio se propaga por todas partes*. Y es preciso volar hácia él y apagarle. En esta urgente necesidad ¿conviene tomar los caminos mas largos y mas tortuosos? ¿Nos limitaremos á proporcionar al altar ministros

mas dignos y á corregir los escandalosos abusos de la educacion? ; No, no! porque mientras agotemos nuestros recursos en estas lentitudes, mientras estas tengan nuestros ánimos suspensos y atados nuestros brazos, la incredulidad irá poco á poco cundiendo hasta el pueblo: tal vez consumará el *cisma que medita*: tal vez pondrá sus sacrilegas y codiciosas manos sobre nuestros bienes. Señores ilustrísimos, temblad por la religion, temblad por vuestras propias haciendas. *Obispos, ciudadanos, franceses, ahuyentad, si es posible, las tremendas borrascas que la filosofia atrae sobre nuestras cabezas*¹.

«Algunos temen el escándalo que se ocasionaria dando un gran golpe decisivo.... ; Dios mio! ¿y qué fruto hemos recogido hasta ahora de nuestra prudencia? Hemos tratado con blandura á los incrédulos: *el clero nada ha hecho para oponerles escritores dignos de combatir con ellos*; lejos de escitar su emulacion, acaso se ha dejado yacer en la indigencia á muchos de los que han osado alzar el broquel contra nuestros enemigos. ¿Donde están las pensiones concedidas á nuestros apologistas?

«Los predicadores de Paris se limitan á algunos

¹ El arzobispo de Arles era, sin saberlo, profeta de su destino: seis años despues murió con un valor heroico, bendiciendo á sus verdugos. Tres hombres hay que pueden considerarse como los representantes de todas las nobles victimas de la revolucion: Pio VI, Luis XVI y el arzobispo de Arles. Es muy notable que los tres fueron unjidos en el mismo año 1775.

sarcasmos, que no conducen á nada, contra los filósofos; refutan con tono triunfante algunas de sus descabelladas opiniones, en que ni siquiera creen sus partidarios.»

«Todo calla, todo duerme profundamente. Trascurren muchos años, y apenas se oye en todos los púlpitos de una diócesis un solo discurso que pruebe directamente la verdad de la religion. Contentos con asegurar que es verdadera, nuestros predicadores atestiguan sobre su palabra que las opiniones filosóficas son falsas: tales son por lo comun los limites en que se encierra su celo. Lo digo y no me cansaré de repetirlo: ¿qué hemos ganado con esa criminal y cobarde tolerancia? Abrid los ojos, señores, mirad á vuestro rededor y juzgad... ¡Tememos dar un gran golpe!... ¡Ah! si hay un tiempo para callar, acordémonos de que hay otro para hablar y de que este ha llegado. En todos los siglos, cuando la Iglesia ha querido contener los progresos del error, ha multiplicado los escritos y los discursos. Lanzando el rayo en los concilios, iluminaba en los púlpitos: sigamos el mismo plan y llegaremos al mismo término.»

Propone en consecuencia el ilustre arzobispo, como el primero de los ocho medios de contener los progresos de la incredulidad, y, en el fondo, como el único medio y la única esperanza de salvacion, el establecimiento de verdaderas conferencias eclesiásticas en todas las diócesis. Es preciso leer toda entera su excelente *Memoria*, que es la obra maes-

tra de sus numerosos escritos; solo citaremos de ella un pensamiento y un consejo de que hemos visto participar á varios sabios obispos y elocuentes oradores: «Elegido un escritor ilustre por su talento, un hombre superior, para cotejar entre si todas las conferencias impresas en las diferentes diócesis y reunir todos los rayos de luz diseminados en ellas, formando con estos datos UN TODO, que se publicaria todos los años, y que, puesto en venta á bajo precio, á espensas del clero, CIRCULARIA EXTRAORDINARIAMENTE.»

«Cuando, cuarenta años despues, las mismas causas iban á producir efectos análogos, los obispos renovaron su sagacidad, y el ilustrísimo arzobispo de Burdeos, monseñor de Aviau, escribia la siguiente carta á Luis XVIII, en marzo de 1817..... la vispera de un regicidio, etc.... «Señor, sinietras conspiraciones se manifiestan; audaces y sacrilegos ataques se renuevan contra los tronos y los altares. Las obras, aun las mas peligrosas y criminales de los autores predilectos de la rebelion y de la impiedad, van á ser puestas al alcance de toda clase de lectores, para infestar con su contagio todas las familias; y cuando los que están obligados, por su estado, á defender la religion y las buenas costumbres, quieren desempeñar este sagrado deber, denunciando y proscribiendo esas ediciones vergonzosamente completas, de las producciones anticristianas, obscenas y sediciosas de los filósofos Voltaire y Rousseau, vemos una multitud de libe-

los cuyos autores hacen alarde de serlo, y de periódicos demasiado difundidos, declararse los apologistas, así de los escritores y de sus licenciosas obras como de la perniciosa especulación mercantil que las propaga, censurando amargamente reclamaciones tan bien motivadas. Acaso, señor, se han tomado ya sobre este punto prudentes y eficaces medidas; pero en la simple duda sobre tan inminentes peligros, ¿como no ha de esponer un obispo su dolor y sus zozobras, y á donde ha de llevar con mas confianza su sencilla espresion que á los pies del hijo de san Luis, de su rey cristianísimo?»

Ya en 1787 hizo el clero una prediccion que no se ha cumplido enteramente (*Deus omen avertat!*) pero cuyos síntomas son ya muy visibles: hablamos del *Discurso que debe leerse en el consejo, en presencia del rey*, y cuyo objeto era examinar: «Lo que fueron los protestantes en Francia antes del edicto de Nantes, lo que fueron despues de su revocacion, y lo que serán si se accede á sus pretensiones actuales.» — «No es posible desconocer que la tempestad que amenaza á la Francia está á punto de estallar. — Las cabezas de los protestantes, Señor, están impregnadas de ideas republicanas, y su tendencia general es, por confesion de Montesquieu, hácia el gobierno popular. — Señor, la faccion filosófica abriga hace mucho tiempo en las tinieblas un gran proyecto: este es un hecho notorio á los ojos de toda la nacion, hecho á que ya no se da en el dia aquel aire de misterio que la pruden-

cia reclamaba en otros tiempos. Ese proyecto tiene un doble objeto; el *de destruir en Francia la religion cristiana y el gobierno monárquico*. La ejecucion de la primera parte de este infernal proyecto avanza rápidamente: el contagio de la irreligion ha cundido á todas las órdenes de ciudadanos: los grandes como los pequeños, la nobleza como la plebe, todo está infestado del veneno de la incredulidad. Muchos profesores, imbuidos de las máximas de la nueva filosofia, *envenenan las fuentes de la educacion pública*; — y formando deistas y materialistas imberbes, preparan para las edades venideras una generacion monstruosa.

«La vuelta de los protestantes, Señor, favorecerá y nos traerá la segunda parte del proyecto filosófico. — La union de los calvinistas con los filósofos no amenaza solo á la religion dominante, mas tambien á la autoridad real. — *El incendio estallará con la mas terrible esplosion*. — Apenas hayais rehabilitado el protestantismo en vuestro reino, vuestro trono se hallará asentado sobre un volcan.

«*El reinado de la SUPERSTICION ha pasado: ya no buscamos sino profesores ILUSTRADOS, DIGNOS Y VIRTUOSOS*. De esta suerte la vigilancia de los obispos sobre la educacion pública, en calidad de censores natos de las costumbres, y de primeros jueces de la doctrina, se hallará destruida para siempre: de esta suerte todos los asilos destinados á formar la juventud se hallarán poblados de profesores cangrenados que, bajo la capa de la litera-

tura, abrigarán en su seno el veneno de la heregia. Y como la educacion decide de la suerte moral de la nueva generacion, destinada á reemplazar á la que pronto va á desaparecer, ¿qué aspecto presentará, Señor, la juventud de vuestro reino, formada, modificáda, contorneada por profesores protestantes!

« ¿Qué revolucion tan lamentable se efectuará entonces en todas las ideas religiosas, morales, civiles y políticas de los súbditos de vuestro imperio! ; Ah! Señor, lo que decia un Padre de la Iglesia (San Gerónimo), para pintar la seduccion que fué el fruto del pérfido concilio de Rimini; — *el universo católico se indignó de verse Arriano sin advertirlo*; — podemos nosotros vaticinarlo de la Francia imbuida un día de las lecciones de maestros calvinistas; — *quedará asombrada de hallarse protestante*.

Jamas, justo es decirlo, jamas prevision alguna sondeó con mas acierto la noche de los tiempos venideros.

Cuando el *hecho* ha verificado la profecía, no queda mas mérito posible que el de caracterizar y juzgar superiormente el hecho.

Y de juzgarle á todo trance, como lo hicieron el ilustre presbítero de Lubersac, en su magnífica obra que le grangeó el martirio: — *Analogia y paralelo de los padecimientos de Jesucristo durante su gran mision sobre la tierra, con los de Luis XVI, en su carcel real; y el P. Richard, sabio dominico de Lo-*

rena, en su *Paralelo de los Judios que crucificaron á Jesucristo con los Franceses que mataron á su rey*; libro que tambien grangeó el martirio á su autor.

Los sacerdotes, los obispos que no fueron al patíbulo y si solo al destierro, dieron ejemplos ó hicieron oír palabras de suma eficacia para convertir en los países protestantes ó cismáticos. Los que se quedaron escondidos ante el terror, ó volvieron los primeros, pasada esta sangrienta época¹, se distinguieron los primeros é hicieron los primeros servicios políticos célebres. — El abate Emery hizo revivir, analizándole, el *genio* de los mas grandes hombres científicos de los siglos últimos: Bacon, Descartes, Leibnitz y Eulero. — Duvoisin defendió el *orden social* con la misma lógica con que antes habia defendido los libros sagrados. — Y cuando todas las tribunas eran mudas y todos los periódicos eran esclavos, los presbíteros de Boulogne y Legris Duval, fueron los primeros que hicieron revivir la libertad y recordaron los mas felices tiempos de la elocuencia sagrada.

Todos juntos suscitaban visiblemente el talento y dirigian los aciertos de los únicos legos que presidieron á la restauracion de las ciencias políticas, filosóficas y literarias, el conde de Maistre, M. de Bonald y M. de Châteaubriand.

¹ Es muy notable que el hombre que ejerció mas saludables influjos en toda la diplomacia del antiguo imperio y del nuevo fuese un obispo, el príncipe Carlos de Dalberg, el mas sabio y aun el mas razonable metafísico de la Alemania.

¡ Cuan ilustrado es el clero! ¡ Cuan elevado, estenso, profundo, util y amable juntamente es su genio! Y sin embargo no nombramos, ni aun conocemos siquiera á millares, tal vez, de teólogos, de filósofos, de literatos, de hombres de ingenio superior, á quienes nuestra ignorancia, mas aun que nuestra ingratitud, nos impide conocer. — Y aquel S. Pedro, á quien su elocuencia grangeó el nombre de *Crisólogo*¹, cuyas palabras ordinarias eran las siguientes: « Aquel que estima y cree á Dios su autor y su primer principio, le tiene en sí. » — « ¡ Oh hombres! cuando dais á un pobre, os dais á vosotros mismos, y no tendreis mas que lo que hayais dado. » — « Dios escuchará la plegaria del que escuche la voz del pobre que pide. » — « Poned vuestro conato en dar á los hombres pequeños mandamientos, y en edificarlos con grandes ejemplos. »

Y aquel S. Fulgencio que escribía en Roma, en el año 500, cuando Teodorico, rey de los Godos, entraba en ella solemnemente: « ¡ Oh! ¡ cuan espléndida debe ser la celestial Jerusalem cuando con tal esplendor brilla Roma la terrestre! Y si, en este siglo, hay tanta gloria y honor para los que aman la vanidad, qué honor, qué gloria, qué paz no recibirán los santos que contemplan la verdad. »

Y aquel S. Evroul, obispo en Bretaña, que solía decir á los cristianos de su diócesis, cuando mos-

¹ Voz griega: vale tanto como elocuentísimo. — N. del T.

traban apego á la vida: « *Es propio de todo servidor infiel no desear ver á su Señor.* »

Y aquellos grandes hombres, tanto mas olvidados en el dia, cuanto mas prodigiosos son: — Un cardenal Pedro *Igneo* (nombre magnifico de su magnifico bautismo de *fuego*), de la ilustre casa de los Aldobrandinis, bastante autorizado para ser elegido por toda su orden de los Benedictinos de Valumbrosa para sostenerla con la prueba de un fuego público, y bastante magnánimo (no decimos bastante divinizado), para salir de esta intacto y victorioso.... aun cuando no fuese mas que segun el espíritu y la opinion de su siglo!...

— Un Haulzhauser, humilde y sabio sacerdote de Suevia, muerto en 1658, autor de una *Interpretacion del Apocalipsis*, cuya edicion de 1784, mostró toda la historia de Alemania escrita en profecia. — Un san José de Cupertino, muerto en Nápoles en 1663, profeta y taumaturgo estupendo, cuya *Historia* publicó en Paris, en 1820, el sabio lazarista Viguier.

Y aquellos hábiles metafísicos, como Bungus, canónigo de Bergamo, autor de *Numerorum Mysteria*, donde se dice que Keplero halló sus leyes: — el presbítero Taisand, simple cura de Jansigny, cuyas obras tituladas los *Principios*, la *Ciencia de los números*, la *Proporcion del alma con el cuerpo*, etc., impresas ó manuscritas, que tenemos á la vista, grangearán, tal vez, algun dia una gloria póstuma á su autor, muerto en la flor de su edad; —

Havelange, inmortal por su *Ecclesie infalibilitas*, etc. etc.

Y aquel publicista dotado de una mirada de águila en el siglo XVIII, aquel abate Dubois de Launay, que coronó su *Análisis de Bayle*, verdadera demostración católica por medio del mas famoso de los escépticos, con una admirable *ojeada sobre el gobierno ingles*, al que considera como la causa de la revolución que anunció en el nuestro.

Y aquel último Romano de los poetas latinos, el presbítero Delmas, autor de un *Ars Artium* cuyos hermosos versos espresan, á veces tan exactamente como la prosa, la dignidad y los deberes del sacerdocio, el *Arte de las artes*, en efecto.

Y ese nuevo Romano de los poetas italianos, el abate Bertola, el *La Fontaine* de su patria, salvo los *Cuentos*¹, y que además asombró á la Europa con improvisaciones en que nadie le ha llevado ventaja.

Pero el mas grande y el mas bello genio del clero, y en todo caso, su prueba mas irrefragable, es su verdad.

Vamos á bosquejar algunas pruebas de esta verdad.

¹ Sabido es que los cuentos de La Fontaine, casi todos traducciones é imitaciones de Bocacio, son en extremo licenciosos y aun obscenos. — N. del T.

PARTE QUINTA.

CONTINUACION Y CONFIRMACION DE TODAS LAS DEMAS. —
NUEVO EXAMEN DE LAS VIRTUDES Y DE LOS BENEFICIOS
PUBLICOS Y PRIVADOS DEL SACERDOTE.

En la *accion*, la beneficencia, la virtud, que forman el objeto y hacen perdonar el genio, es en lo que siempre ha descollado el clero.

La *Palabra* por sí, y sobre todo acaso la mas elocuente y la mas popular no es por lo comun mas que su *resonante cimbal* que nos hace notar y juzgar al osador mas bien que juzgarnos y reprobarnos á nosotros mismos.

La *Palabra libre ó improvisada* es casi siempre equívoca y fatal.

El mismo Massillon escribia hasta *treinta veces* sus sermones; y si los Misioneros, cuyo inimitable modelo es Brydayne, si los Misioneros, á ejemplo de los primeros Apóstoles hablan en lo general de